

## “El don de sí”

### Los santos doctores del carmelo

*Daniel Watt Rocher*

*Profesor invitado del Instituto Superior de Ciencias Religiosas del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum*

Artículos

**L**os santos doctores del Carmelo nos ofrecen una luminosa verificación de una de las leyes más importantes de la vida espiritual, es decir, la necesidad del don sí para poder recibir el Don de Dios. Como núcleo del trabajo oiremos a cada uno de los tres doctores de la Iglesia, eminentemente místicos, sobre la temática. En este diálogo a tres voces es donde se capta el principio espiritual que puede ser vivido por otras almas. Este coloquio ofrece seguridad y luz al escuchar las vivencias, reflexiones y sugerencias espirituales en los caminos de Dios hacia Dios.

Santa Teresa de Jesús es una mujer rebosante de gracias extraordinarias; y además con el don de saber comunicarlas, y es bien recibida como guía para desarrollar una exposición espiritual. La escogió el autor, a pesar de las preferencias de su auditorio por san Juan de la Cruz, porque es la madre del Carmelo reformado, pero sobre todo porque en su tratado de madurez “El Castillo interior”, le ofrecía el proceso completo de la ascensión de un alma a su Señor:

El género descriptivo y su lenguaje concreto nos eran gratos en la atmósfera viva y práctica en la que queríamos movernos; el camino, dividido en etapas o moradas, además de que nos proporcionaría el plan de nuestros trabajo, crearía el cuadro y la perspectiva en los que cada cosa encontraría su puesto y su valor<sup>1</sup>.

Y es que

la obra mística más famosa de santa Teresa es el Castillo interior, escrito en 1577, en plena madurez. Se trata de una relectura de su propio camino de vida espiritual y, al mismo tiempo, de una codificación del posible desa-

---

<sup>1</sup> Prólogo de la primera edición, 15 de octubre de 1948.

rollo de la vida cristiana hacia su plenitud, la santidad, bajo la acción del Espíritu Santo. Teresa se refiere a la estructura de un castillo con siete moradas, como imagen de la interioridad del hombre, introduciendo, al mismo tiempo, el símbolo del gusano de seda que renace mariposa, para expresar el paso de lo natural a lo sobrenatural<sup>2</sup>.

La experiencia de santa Teresa de Jesús viene precisada y clarificada a través san Juan de la Cruz el Doctor Místico que con san Gregorio Magno y santo Tomás de Aquino son considerados las tres eminentes autoridades teológicas sobre los dones del Espíritu Santo: que «son algo que todo cristiano puede reavivar en sí mismo a través de una vida solícita de fe, de esperanza y de caridad y, de esa manera, llegar a una cierta experiencia de Dios y de los contenidos de la fe, por medio de una seria ascesis»<sup>3</sup>.

La experiencia de la madre de los espirituales y del padre de los místicos germina en santa Teresa del Niño Jesús y de la santa Faz, síntesis original de los dos, donde se percibe la acción de los dones del Espíritu Santo desde temprana edad, desde el momento que no le negó nada a Dios; en una acción sencilla, simple, y sin manifestaciones extraordinarias pero realísimas. Todos sus esfuerzos humanos por alcanzar las virtudes, las pequeñas virtudes de su Camino, hay que interpretarlos no sólo como un esfuerzo humano, sino bajo la moción del Espíritu Santo.

Es evidente la sintonía espiritual entre los santos del Carmelo y el venerable siervo de Dios el padre María Eugenio del Niño Jesús, o.c.d.. En 1908, en el seminario menor, a los 13 años descubre a Teresita e inmediatamente establecen una fuerte amistad sobrenatural, le parecía casi de haberla conocido, pues actúa y habla como ella; y de tal manera que la madre Inés de Jesús, hermana mayor de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, llega a decir: «Jamás he visto un alma que se parezca tanto a mi hermana pequeña como el padre María Eugenio». Ya en el seminario mayor, a los 25 años, lee una vida de san Juan de la Cruz y se siente fuertemente llamado para entrar en el Carmelo y caminar sobre los pasos del doctor del amor y de la fe, reconociendo en el lecho de muerte que en el «fondo de mi alma es con san Juan de la Cruz con quien yo vivo». Apenas ordenado sacerdote entra en el noviciado de los Carmelitas donde aprende a conocer a santa Teresa de Jesús en la que aprecia «su temperamento tan ardiente, y a la vez, tan equilibrado».

---

<sup>2</sup> BENEDICTO XVI, *Catequesis sobre Santa Teresa de Jesús*, 2 de febrero de 2011.

<sup>3</sup> CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la meditación cristiana*, n° 25.

La experiencia y el fruto de un diálogo madurado en décadas de íntimo contacto con los doctores de la Iglesia los recoge el venerable siervo de Dios P. María Eugenio del Niño Jesús, o.c.d. (Henri Grialou) y los publicita en el libro *Quiero ver a Dios* (1949), enriquecido con la luz de la experiencia de la escuela francesa representada por el Card. Pedro de Bérulle, que a su vez estaba inspirado por los padres del Carmelo reformado:

El influjo de los dos grandes carmelitas (Santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz) y será decisivo para la escuela francesa de espiritualidad, cuya cabeza es Bérulle (1575-1629), el apóstol del Verbo encarnado. Su obra clásica, *Discurso del estado y de las grandezas de Jesús* (1623), es una conjugación de los místicos del Norte y de los castellanos<sup>4</sup>.

El mismo padre María Eugenio lo certifica en la nota de pie de página 55:

En ninguna parte, parece, tuvo la doctrina de santa Teresa una influencia más profunda sobre la espiritualidad que en Francia, donde se propagó con rapidez por medio de la traducción de sus escritos, desde comienzos del siglo XVII, y por los numerosos monasterios de carmelitas. La Escuela mística francesa del siglo XVIII, cuyos fundadores fueron fervientes admiradores del camelo, le debe su carácter cristocéntrico (p. 91).

Estos textos, antes de editarse como libro, fueron conferencias pronunciadas en ambientes diferentes para tratar de responder a la sed de espiritualidad que varias almas sentían, no como una necesidad teórica, sino sobre todo práctica y existencial.

En la escucha de los santos doctores del Carmelo, en primer lugar la santa madre Teresa de Ávila con la experiencia de sus gracias extraordinarias; la contemplación infusa de san Juan de la Cruz que precisa teológicamente; y la actividad del amor, sencilla, humilde, escondida, fruto de los dones del Espíritu Santo, de santa Teresa del Niño Jesús y de la santa Faz, el autor va describiendo los caminos espirituales para ayudar, quizás a los nuevos jóvenes ricos (ver Mt 19, 16-22), a no caer en la mediocridad, y pasar de las primeras moradas del Castillo interior a las siguientes. En “Quiero ver a Dios”, el tema del “don de sí” aparece entre la III y la IV Mansión, aunque lo ha ido preparando previamente por “Ascesis teresiana” (primera parte, capítulo 6) y por “Los dones del Espíritu Santo” (segunda parte, capítulo 2). Si la oración, siempre será la puerta del castillo interior, es necesario ahora una llave, una clave, para abrir esta segunda puerta, y que

---

<sup>4</sup> O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, BAC, Madrid 2005, 318.

llegue a ser propiamente contemplativa, y esa clave es el don de sí. El desarrollo expondrá sistemáticamente los fundamentos del “don de sí mismo a Dios” en la doctrina espiritual del venerable siervo de Dios P. María Eugenio del Niño Jesús:

1° La experiencia de las gracias extraordinarias de santa Teresa de Jesús (1515-1582).

2° La contemplación infusa de san Juan de la Cruz que precisa teológicamente (1529-1591).

3° La actividad del amor sencillo, humilde, escondido, fruto de los dones del Espíritu Santo, de santa Teresa del Niño Jesús y de la santa Faz (1873-1897).

4° Descripción de los caminos espirituales para ayudar a los nuevos jóvenes ricos, del venerable siervo de Dios P. María Eugenio del Niño Jesús (1894-1967).

### **1° La experiencia de las gracias extraordinarias de santa Teresa de Jesús (1515-1582)**

El ejemplo más instructivo del proceso de la segunda conversión, aquella de la tibieza al fervor, lo encontramos en santa Teresa de Jesús, quien nos narra un momento de desesperanza y fatiga espiritual a los cuarenta años, cuando no está todavía entregada totalmente a Dios, aunque sí era ya monja carmelita desde hacía veinte años:

Pasé este mar tempestuoso casi veinte años, con estas caídas y con levantarme y mal, pues tornaba a caer, y en vida tan baja de perfección, que ningún caso casi hacía de pecados veniales; y los mortales, aunque los temía, no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros. Sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía a Dios era con pena; cuanto estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban<sup>5</sup>.

Se trata de las sucesivas conversiones, desde un estado de gracia a otro más elevado, de la tibieza al fervor, cuando Cristo está dentro del alma y llama a las paredes del corazón para salir: «Deseaba vivir -que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte- y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar; y quien me la podía dar, tenía

---

<sup>5</sup> Libro de la Vida 8, 2.

razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a Sí y yo dejádole. Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía»<sup>6</sup>. «Mas parécenos que le damos todo y es que ofrecemos a Dios la renta o los frutos y quedámonos con la raíz o posesión»<sup>7</sup>. No hay que pararse ante las dificultades, especialmente en las oscuras malezas de las cuartas moradas, a las que muchas almas llegan, pero pocas pasan adelante. Esto requiere un mayor ánimo que para otros trabajos del mundo: «Si no nos determinamos a buscar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haremos nada. Procurad de no temerla y dejarse todo en Dios venga lo que viniere»<sup>8</sup>.

El alma debe corresponder, por el don de sí, a las primeras gracias, pues de lo contrario tales gracias no serán renovadas más que de un modo pasajero:

Tengo para mí que hay muchos con quien Dios nuestro Señor hace esta prueba, y pocos los que se disponen para gozar de esta merced; que cuando el Señor la hace y no queda por nosotros, tengo por cierto que nunca cesa de dar hasta llegar a muy alto grado. Cuando no nos damos a Su Majestad con la determinación que Él se da a nosotros, harto hace de dejarnos en oración mental y visitarnos de cuando en cuando, como a criados que están en su viña. Mas estos otros son hijos regalados, no los querría quitar de cabe sí; ni los quita, porque ya ellos no se quieren quitar; siéntalos a su mesa, dales de lo que come hasta quitar el bocado de la boca para dárselo<sup>9</sup>.

Dios respeta nuestra libertad y ama la generosidad porque le da ocasión de ser más generoso con nosotros: «Y como Él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le damos, más no se da así mismo del todo, hasta que nos damos del todo»<sup>10</sup>.

El Señor se va, aunque puede dejar su gracia, cuando no encuentra aparejadas las disposiciones para recibirle o se ha vuelto la cara atrás:

porque como no responden en los servicios conforme a tan gran merced, como no tornar a aparejarse a recibirla, sino sacar a el Señor de las manos la voluntad que ya tiene por suya y ponerla en cosas bajas, váyase a buscar

---

<sup>6</sup> *Libro de la Vida* 8, 12 - 9, 1.

<sup>7</sup> *Libro de la Vida* 11, 2.

<sup>8</sup> *Libro de la Vida* 11, 4-5.

<sup>9</sup> *Camino de perfección*, Códice de Valladolid, cap. 16, 5.

<sup>10</sup> *Camino de perfección*, Códice de Valladolid, cap. 28, 12.

adonde le quieren para dar más, aunque no del todo quita lo dado, cuando se vive con limpia conciencia<sup>11</sup>.

La explicación del don de sí viene enmarcada dentro de su gran enseñanza sobre el padre nuestro, al comentar las palabras “fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra”, y lo mucho que hace quien dice estas palabras con toda determinación, y cuán bien se lo paga el Señor. Explica esta petición uniéndola a la anterior: “Sea hecha tu voluntad; y como es hecha en el cielo, así se haga en la tierra”.

Bien hicisteis, nuestro buen Maestro, de pedir la petición pasada, para que podamos cumplir lo que dais por nosotros; porque, cierto, Señor, si así no fuera, imposible me parece. Mas haciendo vuestro Padre lo que vos le pedís de darnos acá su reino, [...] hecha la tierra cielo, será posible hacerse en mí vuestra voluntad. Mas sin esto y en tierra tan ruin como la mía y tan sin fruto, yo no sé, Señor, cómo sería posible. Es gran cosa lo que ofrecéis.

A continuación nos mueve a desear hacerla pues de todas formas la voluntad de Dios se va a cumplir:

Ello se ha de cumplir, que queramos o no, y se ha de hacer su voluntad en el cielo y en la tierra; creedme, tomad mi parecer, y haced de la necesidad virtud. ¡Oh Señor mío, qué gran regalo es éste para mí: que no dejaseis en querer tan ruin como el mío el cumplirse vuestra voluntad!

Enseguida nos dice lo que ofrecemos cuando entregamos a Dios nuestra voluntad. Es el meollo del comentario:

Pues os quiero avisar y acordar qué es su voluntad. No hayáis miedo sea daros riquezas ni deleites ni honras ni todas estas cosas de acá; no os quiere tan poco y tiene en mucho lo que le dais, y os quiere pagar bien, pues os da su reino aun viviendo. ¿Queréis ver cómo se ha con los que de veras le dicen esto? Preguntadlo a su Hijo glorioso, que se lo dijo cuando la oración del huerto. Como fue dicho con determinación y de toda voluntad, mirad si la cumplió bien en él en lo que le dio de trabajos y dolores e injurias y persecuciones; en fin, hasta que se le acabó la vida con muerte de cruz.

Pues veis aquí, hijas, a quien más amaba lo que dio, por donde se entiende cuál es su voluntad. Así que éstos son sus dones en este mundo. Da conforme al amor que nos tiene: a los que ama más, da de estos dones más; a los que menos, menos, y conforme al ánimo que ve en cada uno y

---

<sup>11</sup> *Camino de perfección*, Códice de Valladolid, cap. 31, 11.

el amor que tiene a su Majestad. A quien le amare mucho, verá que puede padecer mucho por él; al que amare poco, poco. Tengo yo para mí que la medida del poder llevar gran cruz o pequeña, es la del amor. Así que, hermanas, si le tenéis, procurad no sean palabras de cumplimiento las que decís a tan gran Señor, sino esforzaos a pasar lo que su Majestad quisiere. Porque, si de otra manera dais la voluntad, es mostrar la joya e irla a dar y rogar que la tomen, y cuando extienden la mano para tomarla, tornarla vos a guardar muy bien.

La ascesis de santa Teresa de Jesús está en función de poder realizar el don de sí mismo:

Porque todo lo que os he avisado en este libro va dirigido a este punto de darnos del todo al Criador y poner nuestra voluntad en la suya y desasirnos de las criaturas, y tendréis ya entendido lo mucho que importa, no digo más en ello; sino diré para lo que pone aquí nuestro buen Maestro estas palabras dichas, como quien sabe lo mucho que ganaremos de hacer este servicio a su Eterno Padre. Porque nos disponemos para que con mucha brevedad nos veamos acabado de andar el camino y bebiendo del agua viva de la fuente que queda dicha. Porque sin dar nuestra voluntad del todo al Señor para que haga en todo lo que nos toca conforme a ella, nunca deja beber de ella. Esto es contemplación perfecta, lo que me dijisteis os escribiese<sup>12</sup>.

El don de sí mismo que es parte de la ascesis, tiene que ver mucho con la determinación de uno mismo, y con la colaboración necesaria a la gracia de Dios que nunca falta:

¡Oh hermanas mías, qué fuerza tiene este don! No puede menos, si va con la determinación que ha de ir, de traer al Todopoderoso a ser uno con nuestra bajeza y transformarnos en sí y hacer una unión del Criador con la criatura. Mirad si quedaréis bien pagadas y si tenéis buen Maestro, que, como sabe por dónde ha de ganar la voluntad de su Padre, enseñanos a cómo y con qué le hemos de servir<sup>13</sup>.

Hace resaltar los efectos de la unión e identificación con Dios causados por el don de sí:

Y mientras más se va entendiendo por las obras que no son palabras de cumplimiento, más más nos llega el Señor a sí y la levanta de todas las cosas de acá y de sí misma para habilitarla a recibir grandes mercedes, que

<sup>12</sup> *Camino de perfección*, Códice de Valladolid, cap. 32, 9.

<sup>13</sup> *Camino de perfección*, Códice de Valladolid, cap. 32, 11.

no acaba de pagar en esta vida este servicio. En tanto le tiene, que ya nosotros no sabemos qué nos pedir, y Su Majestad nunca se cansa de dar. Porque no contento con tener hecha esta alma una cosa consigo por haberla ya unido a sí mismo, comienza a regalarse con ella, a descubrirle secretos, a holgarse de que entienda lo que ha ganado y que conozca algo de lo que la tiene por dar. Hácela ir perdiendo estos sentidos exteriores, porque no se la ocupe nada. Esto es arrobamiento. Y comienza a tratar de tanta amistad, que no sólo la torna a dejar su voluntad, mas dale la suya con ella; porque se huelga el Señor, ya que trata de tanta amistad, que manden a veces -como dicen- y cumplir Él lo que ella le pide, como ella hace lo que Él la manda, y mucho mejor, porque es poderoso y puede cuanto quiere y no deja de querer<sup>14</sup>.

La ascesis es adaptada a cada alma, progresiva y siempre con tonos de totalidad. La oración nos está guiando a esta ascesis, para purificar la mirada de la fe y destruir los obstáculos, hacia una intimidad más profunda:

Todo el punto está en que se le demos por suyo con toda determinación, y le desembaracemos para que pueda poner y quitar como en cosa suya; ésta es su condición. Y tiene Su majestad razón; no se lo neguemos. Aún acá no da pesadumbre huéspedes en caso cuando no podemos decirlos que se vayan; y como Él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le dan, más no se da a Sí del todo, hasta que ve que nos damos del todo a Él. Esto es cosa cierta y por eso os lo digo tantas veces; ni obra en el alma, como cuando del todo es sin embarazo suya, ni sé cómo ha de obrar: es amigo de todo concierto<sup>15</sup>.

En las primeras mansiones el alma vive ya una verdadera vida espiritual porque está en la gracia de Dios. En la tercera mansión encontramos personas que oran, cumplen sus actos de piedad y que hacen muchas cosas buenas, pero les falta algo esencial para ser santos, ese amor fuerte capaz de darle el todo a Jesucristo, como el joven rico del Evangelio: «Desde que comencé a hablar en estas moradas le traigo delante; porque somos así al pie de la letra» (Santa Teresa de Jesús, *Moradas del castillo interior*, III cap. 1, 5). La imagen del “joven rico del Evangelio” (ver Mt 19,16-20) es emblemática y le ayuda a entender lo que pasa en la vida espiritual cuando, después de una vida de generosidad, Dios nos pide subir a las alturas que es Él mismo, y no se es capaz de esa decisión personal. Este joven es una persona buena, fiel a la ley, vive los mandamientos, pero tiene poco amor

---

<sup>14</sup> *Camino de perfección*, Códice de Valladolid, cap. 32, 12.

<sup>15</sup> *Camino de perfección*, Códice del Escorial, cap. 48, 4.

por Jesús: «No haya miedo que se maten, porque su razón está muy en sí; no está aún el amor para sacar de razón»<sup>16</sup>. Con la imagen del joven rico del evangelio ilumina lo que pasa en la vida espiritual. Llega un momento de decisión personal que supone ruptura y asunción de una nueva realidad. Es el momento de la opción fundamental, es el momento vocacional por excelencia, en cuanto que Dios nos exige la propia vida, y que para algunos supondrá matrimonio, consagración, sacerdocio.

Es el paso de la vida ascética a la vida mística. Una vez realizada la opción vocacional Jesús le confirma la decisión aceptando su entrega, y un buen día descubre que está caminando a paso seguro y en una buena dirección.

Es un ensanchamiento del corazón, es una atreverse a volar y no sólo a caminar. En nuestra vida espiritual siempre acecha la tentación de ser buenos sin tender a la santidad. Reflejamos muy bien el pasaje de los fariseos ricos y la pobre viuda de san Marcos (12, 41-44). Aquellos daban mucho, pero no todo; y aquella daba poco, pero era todo lo que tenía. Esta es la tentación propia de las terceras moradas: sentirnos a gusto con nosotros mismos por cumplir unos preceptos del Señor, pero no anhelar como amantes darle todo nuestro ser al Señor. En la perspectiva de santa Teresa sólo la donación total le permitirá al alma entrar en las cuartas mansiones, es decir, comprometerse de veras en la imitación y seguimiento de Jesús. Y santa Teresa muestra que rápidamente el alma comienza a recibir con mayor abundancia el agua viva del Espíritu Santo.

“Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad”: recuerda que estas dos cosas han de andar siempre juntas, si queremos que el Señor se apodere de nosotros. Y si él nos toma, se da también a nosotros; entra en el alma por la puerta de la voluntad, que por eso añade la Santa: «Démosle ya una vez la joya del todo, de cuantas comenzamos a dársela». Nuestra donación al Señor es siempre una donación dolorosa en que el sufrimiento tiene gran parte. ¡A qué altura sabe poner la Santa el sufrimiento! «Pues veis aquí... a quien más amaba lo que dio... Da conforme al amor que nos tiene: a los que ama más, da de estos dones más...», y cuanto más animosa ve al alma, más le da que padecer: «conforme al ánimo que ve en cada uno y el amor que tiene a su Majestad».

Se comprende que para llegar a este don total de nosotros mismos al Señor -don que se actúa en el sufrimiento-, hace falta energía. “El pan nuestro de cada día dánosle hoy”, pan espiritual que sirve para fortalecer el

---

<sup>16</sup> *Moradas del castillo interior*, III cap. 2,7.

alma, pues como subraya sabiamente nuestro autor en la nota de pie de página 18: «Hay almas que, ante el misterio de las exigencias divinas a las que nos confía el don completo, se sienten no sólo temerosas, sino acobardadas. Retroceden ante la oscuridad y ante todo lo que esta oscuridad encubre de temeroso» (p. 381).

## **2º La contemplación infusa de san Juan de la Cruz que precisa teológicamente (1529-1591)**

«¿Sabes que es ser espiritual de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalado con el hierro que es de la cruz porque ya ellos le han dado su libertad, los puede vender por esclavos de todo el mundo»<sup>17</sup>. San Juan de la Cruz ofrece el mismo ideal, pero con fórmulas mucho más incisivas, y en ciertos puntos más precisas. Al principio de su libro *Subida al Monte Carmelo* ha dibujado un gráfico de los tres posibles caminos a seguir: el primer es el camino del espíritu extraviado que va buscando los bienes de la tierra, como la libertad, honores, ciencias, descanso; el segundo el camino del espíritu imperfecto que conduce a los bienes del cielo, como gloria, santidad, gozo, saber. En medio del gráfico el tercer camino que es un sendero estrecho, donde están escritas cuatro palabras: nada, nada, nada, nada. Este sendero conduce a la recepción de los dones de Dios. Tres textos de *Subida al Monte Carmelo* nos ayudan a precisar su pensamiento (Libro 1. Cap. 13,5-6.11; Libro 2, cap. 7, 11). El centro se pone en Cristo, en nuestra imitación y unión; y como consecuencia la renuncia activa como ejercicio amoroso por Él (noche activa del sentido):

La *Subida al Monte Carmelo* presenta el itinerario espiritual desde el punto de vista de la purificación progresiva del alma, necesaria para escalar la cumbre de la perfección cristiana, simbolizada por la cima del Monte Carmelo. Esta purificación es propuesta como un camino que el hombre emprende, colaborando con la acción divina, para liberar el alma de todo apego o afecto contrario a la voluntad de Dios. La purificación, que para llegar a la unión de amor con Dios debe ser total, comienza desde la de la vía de los sentidos y prosigue con la que se obtiene por medio de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, que purifican la intención, la memoria y la voluntad<sup>18</sup>.

---

<sup>17</sup> *Moradas del castillo interior*, VII cap. 4, 8.

<sup>18</sup> BENEDICTO XVI, *Catequesis sobre san Juan de la Cruz, el Doctor místico*, 16 de febrero de 2011.

La unión total con Dios consiste en tener el alma, según la voluntad, con tal transformación en la voluntad de Dios, de manera que no haya en ella cosa contraria a la voluntad de Dios, sino que en todo y por todo su movimiento sea voluntad solamente de Dios. Por eso exige una purificación generosa que alcance las raíces de las pasiones. La ascesis de la nada muestra una fecundidad insospechada para el desarrollo interior de la vida contemplativa y para las perspectivas apostólicas. San Juan de la Cruz:

Para que entienda el buen espiritual el misterio de la puerta y del camino de Cristo para unirse con Cristo y sepa que cuanto más se aniquilase por Dios, según estas dos partes, sensitiva y espiritual, tanto más se une a Dios y tanto mayor obra hace. Y cuando viniere a quedar resuelto en nada, que será la suma humildad, quedará hecha la unión espiritual entre el alma y Dios, que es el mayor y más alto estado a que en esta vida se puede llegar. No consiste, pues, en recreaciones y gustos y sentimientos espirituales, sino en una viva muerte de cruz sensitiva y espiritual, esto es interior y exterior<sup>19</sup>.

Estorbos en el camino de Dios hacia nosotros: «Cinco daños causa cualquier apetito desordenado en el alma: el primero, que la inquieta; el segundo, que la enturbia; el tercero, que la ensucia; el cuarto, que la enflaquece; el quinto, que la escurece»<sup>20</sup>. Lo que estorba no son las cosas que puede haber en el alma, sino la actitud misma del alma:

No tratamos aquí de carecer de las cosas, porque eso no desnuda el alma si esta tiene apetito de ellas, sino de la desnudez del gusto y apetito de ellas, que es lo que deja al alma libre y vacía de ellos, aunque los tenga. Porque no ocupan el alma las cosas de este mundo, ni la dañan, pues no entran en ella, sino la voluntad y apetito de ellas, que moran en ellas<sup>21</sup>.

Es que «el alma no tiene más que una voluntad, y esa -si se embaraza y emplea en algo- no queda libre, entera, sola y pura, como se requiere para una divina transformación»<sup>22</sup>. Cuando el deseo desordena, produce cada vez más y más cansancio, ansiedad y confusión, culpabilidad, y finalmente incapacidad de hacer nada.

El primer libro, capítulo 13 trata de la manera y modo que se ha de tener para entrar, activa y pasivamente, en esta noche del sentido. Lo prime-

<sup>19</sup> *Subida al Monte Carmelo*, Libro 2, cap. 7, 11.

<sup>20</sup> *Avisos y dichos atribuidos. Puntos de amor*, n° 112.

<sup>21</sup> *Subida al Monte Carmelo*, Libro 1. Cap. 3, 4.

<sup>22</sup> *Subida al Monte Carmelo*, Libro 1. Cap. 11, 6.

ro, traiga un ordinario apetito de imitar a Cristo en todas sus cosas, conformándose con su vida, la cual debe considerar para saberla imitar y haberse en todas las cosas como se hubiera Él. Algunos remedios para los estorbos: Yo no necesito eso, dependencia; yo te necesito a Ti. Consigue libertad interior aprendiendo a decir no a los deseos desordenados. No necesito esto, no porque sea malo, sino porque es malo que ocupe mi centro y yo quiero que Jesucristo sea el centro de mi corazón:

Y para mortificar y apaciguar las cuatro pasiones naturales, que son gozo, esperanza, temor y dolor, de cuya concordia y pacificación sales estos y los demás bienes, es total remedio lo que se sigue, y de gran merecimiento y causa de grandes virtudes:

Procure siempre inclinarse:

no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso;  
no a lo más sabroso, sino a lo más desabrido;  
no a lo más gustoso, sino antes a lo que da menos gusto;  
no a lo que es descanso, sino a lo trabajoso;  
no a lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo;  
no a lo que es más, sino a los menos;  
no a lo más alto y precioso, sin a lo más bajo y despreciable;  
no a lo que es querer algo, sino a no querer nada;  
no andar buscando lo mejor de las cosas temporales, sino lo peor;  
y desear entrar en toda desnudez y vacío y pobreza por Cristo de todo cuanto hay en el mundo<sup>23</sup>.

En la conclusión puso los versos de “Subida del Monte”, a modo de once reglas para subir, que han de entenderse en el sentido espiritual:

Para venir a gustarlo todo,  
no quieras tener gusto en nada;  
para venir a saberlo todo,  
no quieras saber algo en nada;  
para venir a serlo todo,  
no quieras ser algo en nada;  
para venir a lo que no gustas,  
has de ir por donde no gustas;  
para venir a lo que no sabes,  
has de ir por donde no sabes;  
para venir a lo que no posees,

---

<sup>23</sup> *Subida al Monte Carmelo*, 1. 13, 5-6.

has de ir por donde no posees;  
para venir a lo que no eres,  
has de ir por donde no eres<sup>24</sup>.

Unido a toda la ascesis, interesa contemplar la acción de Dios que esta produce, pues es lo importante. El Espíritu Santo no fuerza al alma, sino que actúa en ella con suma suavidad, proponiendo, iluminando y enseñando: «tiene en sí el alma, mediante este olvido y recogimiento de todas las cosas, disposición para ser movida por el Espíritu Santo y enseñada por Él»<sup>25</sup> para que se vaya purificando y creciendo en libertad verdadera y recibiendo así la acción del Espíritu Santo: «por cuanto aquí el alma se purga de las afecciones y apetitos sensitivos, consigue libertad de espíritu, en que se van granjeando los doce frutos del Espíritu Santo»<sup>26</sup> preparándola para la unión transformante con Dios: «hay almas que muy ordinariamente son movidas por Dios en sus operaciones, y ellas no son las que se mueven, según aquello de san Pablo que: «los hijos de Dios, que son estos, transformados y unidos en Dios, son movidos por del espíritu de Dios» (Rm. 8, 14), esto es, a divinas obras en sus potencias. Y no es maravilla que las operaciones sean divinas, pues que la unión del alma es divina»<sup>27</sup>. No se consigue queriendo, sino orando mucho, fuertemente arraigado en la caridad, y disponiéndose a recibir, cuando él quiera, esa unión de corazón:

Porque aún a lo que en esta vida se puede alcanzar de estos misterios de Cristo, no se puede llegar sin haber padecido mucho y recibido muchas mercedes intelectuales y sensitivas de Dios, y habiendo precedido mucho ejercicio espiritual, porque todas esas mercedes son más bajas que la sabiduría de los misterios de Cristo, porque todas son como disposiciones para venir a ella<sup>28</sup>.

Para san Juan de la Cruz: «sin dejar nada para sí, el alma que Dios se le entrega todo, se ha de entregar toda»<sup>29</sup>.

<sup>24</sup> *Subida al Monte Carmelo*, 1, 13, 11.

<sup>25</sup> *Subida al Monte Carmelo*, 3, 6, 3.

<sup>26</sup> *Noche oscura*, 1, 13, 11.

<sup>27</sup> *Subida al Monte Carmelo*, 3, 2, 16.

<sup>28</sup> *Cántico espiritual*, canción 37, 4.

<sup>29</sup> *Avisos y dichos atribuidos. Puntos de amor*, n° 122.

### **3º La actividad del amor sencillo, humilde, escondido, fruto de los dones del Espíritu Santo, de santa Teresa del Niño Jesús y de la santa Faz (1873-1897)**

No es fácil distinguir con precisión con que don del Espíritu Santo mayoritariamente fue enriquecida santa Teresa del Niño Jesús y de la santa Faz pues se pueden encontrar todas sus manifestaciones.

Ante todo, se constata la existencia de un particular carisma de sabiduría. El primero y mayor es la sabiduría, la cual es luz que se recibe de lo alto: es una participación especial en ese conocimiento misterioso y sumo, que es propio de Dios como la misericordia que explica su Caminito:

Durante su vida, Teresa descubrió “luces nuevas, significados ocultos y misteriosos” (Ms A 83 v) y recibió del Maestro divino la “ciencia del amor”, que luego manifestó con particular originalidad en sus escritos (ver. Ms B 1 r). Esa ciencia es la expresión luminosa de su conocimiento del misterio del Reino y de su experiencia personal de la gracia. Se puede considerar como un carisma particular de sabiduría evangélica que Teresa, como otros santos y maestros de la fe, recibió en la oración (cf. Ms C 36 r)<sup>30</sup>.

Bajo los toques sustanciales del Espíritu Santo no vive para sí sino para Dios y en Dios.

El don de la fortaleza como impulso sobrenatural, dio vigor a su alma en sus grandes decisiones, en las habituales condiciones de dificultad y en la lucha por permanecer coherente con sus propios principios:

Querida Teresita: Tenía yo diecisiete años cuando leí tu autobiografía. Fue como si me hubiera caído un rayo. “Historia de una florecilla de mayo”, la definiste tú, pero a mi me pareció la historia de una ‘barra de acero’ por la fuerza de voluntad, la valentía y decisión que se desprende de ella. Una vez elegido el camino de entrega total a Dios, nada pudo cortarte el paso: ni la enfermedad, ni las contradicciones externas, ni las tinieblas exteriores<sup>31</sup>.

Esta constatación viene ratificada en el Proceso Ordinario por el P. Pichon cuando comenta:

En las relaciones de dirección espiritual que mantuve entonces con ella, quedé particularmente impresionado ante el hecho de que, contrariamente a las apariencias, Dios no le prodigaba las dulzuras de una piedad afecti-

---

<sup>30</sup> JUAN PABLO II, Carta Apostólica, *Divina scientia amoris*.

<sup>31</sup> A. LUCIANI - JUAN PABLO I, *Ilustrísimos señores*, BAC, Madrid 1978, 178.

va, sino que la ejercitaba en una virtud sólida, conduciéndola por el camino de la sequedad, de la privación y de las pruebas interiores<sup>32</sup>.

Fortaleza divina en el soportar ofensas y ataques injustos; en la perseverancia valiente, incluso entre incomprendiones y hostilidades, en el heroísmo ordinario de las pequeñas cosas:

Mis hermanas carmelitas me comunicaron una nota, escrita de su puño y letra por la sierva de Dios en un pequeño cuaderno, que contiene los propósitos de su primera comunión. He aquí como están concebidos:

- 1° No me desanimaré nunca.
- 2° Rezaré todos los días un 'Acordaos'.
- 3° Trataré de humillar mi orgullo.

Cumplió puntualísimamente estos propósitos, porque lo que distingue y marca el carácter es precisamente esa fortaleza de ánimo que la impidió desanimarse, arrojándola en brazos del total abandona y de la ciega confianza<sup>33</sup>.

En la carta antes citada, que me escribió durante su retiro, destaco todavía el siguiente pasaje: "Desearía, sobre todo, ¡Oh, amadísimo Salvador mío!, derramar por ti hasta la última gota de mi sangre. ¡El martirio! He aquí el sueño de mi juventud. Este sueño ha ido creciendo conmigo bajo los claustros del Carmelo. Pero siento que también este sueño mío es una locura, pues no podría limitarme a desear un solo género de martirio. Para satisfacerme, necesitaría padecerlos todos", etc. (UC 16, 7.6)<sup>34</sup>.

Se percibe mucho el don de piedad, la ternura, como actitud sinceramente filial para con Dios, se expresa en la oración. La experiencia de la propia pobreza existencial, del vacío que las cosas terrenas dejan en el alma, suscita en el hombre la necesidad de recurrir a Dios para obtener gracia, ayuda, perdón. El don de la piedad orienta y alimenta dicha exigencia, enriqueciéndola con sentimientos de profunda confianza para con Dios, experimentado como Padre providente y bueno.

---

<sup>32</sup> Testigo X, P. Almiro Pichon, s.j., depuso los días 25 y 26 de enero de 1911, Noviciado y profesión.

<sup>33</sup> Testigo VII, Sor Francisca Teresa Martín, ord. Visit. B.M.V, Depuso los días 1-2 de diciembre de 1910. Infancia. En la Abadía. Primera Comunión. Confirmación 14 (continuación).

<sup>34</sup> Testigo II, Sor María del Sagrado Corazón, en TERESA DE LISIEUX, *Procesos de beatificación y canonización*.

El don de temor de Dios: «La fidelidad de la Sierva de Dios a la gracia se revela desde su más tierna infancia y no se desmiente jamás. Bien pudo decir hacia el fin de su vida, y podemos creérselo, dada su perfecta sinceridad: “desde la edad de tres años no he negado a Dios cosa alguna” (CS en HA, p. 262)»<sup>35</sup>. Este texto se enmarca muy bien en la vivencia del don de temor de Dios y así su hermana Sor María del Sagrado Corazón de Jesús en el Proceso Apostólico declaró:

Todo es don gratuito de Dios. Plenísima confianza en Dios unida al temor amoroso de ofenderle. Sin embargo, la confianza en Dios de sor Teresa del Niño Jesús iba unida a un temor lleno de amor, el temor de ofenderle. Siendo aún muy pequeña, dijo un día a nuestra madre: “Mamá, si yo fuera mala, ¿iría, pues, al infierno? Quiero ser buena, como un pequeño ángel, para ir al cielo” (Carta a Paulina, 29 de octubre de 1876). Fue fiel a esta resolución. Ella misma dijo en su última enfermedad: “Desde la edad de tres años, no he negado nada a Dios [...] Reavivando sus recuerdos de los cinco a los seis años, me dijo: “A medida que iba creciendo, amaba cada vez más a Dios [...] Me esforzaba por complacer a Jesús en todas mis acciones, y ponía gran cuidado en no ofenderle nunca”<sup>36</sup>.

Y es muy curioso constatar las antinomias de los dones del Espíritu Santo. El don de sabiduría causa la impresión de pequeñez y humildad: el don de consejo, se da en personas cavilosas y vacilantes; el don de sabiduría, hace vivir el alma en una atmósfera de oscuridad; en nuestro caso el don del amor de Dios a su alma, le producía sequedad y dolor.

El episodio de “Yo lo escojo todo” es un resumen de su vida:

En todo lo que conocí de ella, comprobé que realizaba plenamente el ideal de perfección que describe en estos términos: “Como en los días de mi infancia, cuando en presencia de una cesta llena de juguetes había dicho: Yo lo escojo todo, exclamé: Dios mío, yo lo escojo todo. No quiero ser santa a medias, no me asusta sufrir por vos, Dios mío; quiero ser una gran santa” (Ms A 10v)<sup>37</sup>.

---

<sup>35</sup> Testigo XXIV, Abad Godofredo Madelaine, o.p., Depuso los días 23 y 24 de mayo de 1911, Heroicidad de sus virtudes.

<sup>36</sup> Testigo II, Sor María del Sagrado Corazón, en TERESA DE LISIEUX, *Procesos de beatificación y canonización*.

<sup>37</sup> Testigo XXIV, Abad Godofredo Madelaine, o.p., Depuso los días 23 y 24 de mayo de 1911, Heroicidad de sus virtudes.

Un día, Leonia, creyéndose ya demasiado mayor para jugar a las muñecas, vino a nuestro encuentro con una cesta llena de vestiditos y de preciosos retazos para hacer más. Encima de todo venía acostada su muñeca. “Tomad, hermanitas -nos dijo-, escoged, os lo doy todo para vosotras”. Celina alargó la mano y cogió un mazo de orlas de colores que le gustaba. Tras un momento de reflexión, yo alargué a mi vez la mano, diciendo: “¡Yo lo escojo todo!”, y cogí la cesta sin más ceremonias. A los testigos de la escena la cosa les pareció muy justa, y ni a la misma Celina se le ocurrió quejarse (aunque la verdad es que juguetes no le faltaban, pues su padrino la colmaba de regalos, y Luisa encontraba la forma de agenciarle todo lo que deseaba). Este insignificante episodio de mi infancia es el resumen de toda mi vida. Más tarde, cuando se ofreció ante mis ojos el horizonte de la perfección, comprendí que para ser santa había que sufrir mucho, buscar siempre lo más perfecto y olvidarse de sí misma. Comprendí que en la perfección había muchos grados, y que cada alma [10v<sup>o</sup>] era libre de responder a las invitaciones del Señor y de hacer poco o mucho por él, en una palabra, de escoger entre los sacrificios que él nos pide. Entonces, como en los días de mi niñez, exclamé: “Dios mío, yo lo escojo todo. No quiero ser santa a medias, no me asusta sufrir por ti, sólo me asusta una cosa: conservar mi voluntad. Tómala, ¡pues “yo escojo todo” lo que tú quieres...!”<sup>38</sup>.

A la edad de diez u once años se refuerza en ella el deseo explícito de ser una gran santa:

Así, al leer los relatos de las hazañas patrióticas de las heroínas francesas, y en especial las de la venerable Juana de Arco, me venían grandes deseos de imitarlas. Me parecía sentir en mi interior el mismo ardor que las había animado a ellas y la misma inspiración celestial. Por entonces recibí una gracia que siempre he considerado como una de las más grandes de mi vida, ya que en esa edad no recibía las luces de que ahora me veo inundada. Pensé que había nacido para la gloria, y, buscando la forma de alcanzarla, Dios me inspiró los sentimientos que acabo de escribir. Me hizo también comprender que mi gloria no brillaría ante los ojos de los mortales, sino que consistiría en ¡llegar a ser una gran santa...!!! Este deseo podría parecer temerario, si se tiene en cuenta lo débil e imperfecta que yo era, y que aún soy después de siete años vividos en religión. No obstante, sigo teniendo la misma confianza audaz de llegar a ser una gran santa, pues no me apoyo en mis méritos -que no tengo ninguno-, sino en Aquel que es la Virtud y la Santidad mismas. Sólo él, contentándose con mis débiles esfuerzos, me elevará hasta él y, cubriéndome con sus méritos infinitos, me hará santa. Yo no pensaba entonces que para llegar a la santidad había que

<sup>38</sup> *Historia de un alma*, Ms A, 10r/v.

sufrir mucho. Dios no tardó en mostrármelo, enviándome las pruebas que he contado antes...<sup>39</sup>.

El Camino de la Infancia espiritual, enseñado y practicado, y del que María es el modelo, prototipo, paradigma, tiene su lógica consecuencia, su perfección y complemento es el Acto de Ofrenda al Amor Misericordioso, que consiste en ofrecerse, no como víctima a la justicia de Dios, con objeto de atraer sobre la propia persona los castigos reservados a los pecadores, sino como víctima de holocausto al amor misericordioso y de este modo recibir en el corazón todo el Amor que Dios quiere prodigar a las creaturas y que es despreciado por estas. María Santísima es la que presenta a Dios la ofrenda realizada por santa Teresita. La puerta secreta para conocer a santa Teresita es su ofrecimiento. Expresa esta verdad, en modo negativo, cuando dice que Jesús, «entre sus mismos discípulos, encuentra pocos corazones que se den a Él sin reservas, que comprendan toda la ternura de su amor infinito» (Ms B, 1v). Lo muestra con grande claridad como este don de sí abre el propio corazón a la plena acogida del Don de Dios, cuando relata su oferta: «arrojarse entre los brazos de Jesús y aceptar su Amor Infinito» (Ms A, 84r) o. según otras expresiones “víctima de holocausto” para abrir el propio corazón «a los ríos o mejor océanos de gracia» (ibidem). Paradójicamente este amor totalmente oblativo a Dios tiene como principal efecto el amor posesivo de Dios. El inicio solemne del Acto de ofrecimiento es el resultado maduro de los santos deseos que Dios mismo ha puesto en su alma desde su niñez:

¡Oh, Dios mío, Trinidad Bienaventurada!, deseo amaros y haceros amar, trabajar por la glorificación de la Santa Iglesia, salvando las almas que están en la tierra y librar a las que sufren en el purgatorio. Deseo cumplir perfectamente vuestra voluntad y alcanzar el puesto de gloria que me habéis preparado en vuestro reino. En una palabra, deseo ser santa, pero comprendo mi impotencia y os pido, ¡oh, Dios mío!, que seáis vos mismo mi santidad. Puesto que me habéis amado, hasta darme a vuestro único Hijo como Salvador y como Esposo, los tesoros infinitos de sus méritos son míos; os los ofrezco con alegría, suplicándoos que no me miréis sino a través de la Faz de Jesús y en su Corazón ardiendo de Amor. Os ofrezco también todos los méritos de los santos (los que están en el cielo y en la tierra), sus actos de amor y los de los Santos Ángeles; en fin, os ofrezco, ¡oh Trinidad Bienaventurada!, el amor y los méritos de la Santísima Virgen, mi Madre querida; en sus manos pongo mi ofrenda, rogándola que os la presente. Su divino hijo, mi Amado esposo, en los días de su vida mor-

---

<sup>39</sup> *Historia de un alma*, Ms A, 32r.

tal, nos dijo: “Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os será concedido”. Estoy, pues, segura que escucharéis mis deseos; lo sé, ¡oh, Dios mío!, cuanto más queréis dar, más hacéis desear. Siento en mi corazón deseos inmensos y os pido con confianza que vengáis a tomar posesión de mi alma. ¡Ah!, puedo recibir la sagrada comunión con tanta frecuencia como lo desee; pero, Señor, ¿no sois vos Todopoderoso? [...] Permaneced en mí, como en el sagrario, no os apartéis jamás de vuestra pequeña hostia [...] Quisiera consolaros de la ingratitud de los malos y os suplico que me quitéis la libertad de ofenderos; si por debilidad, caigo alguna vez, que inmediatamente vuestra divina mirada purifique mi alma, consumiendo todas mis imperfecciones, como el fuego, que transforma todas las cosas en sí mismo... Os doy gracias, ¡Dios mío!, por todos los favores que me habéis concedido, en particular por haberme hecho pasar por el crisol del sufrimiento. Os contemplaré con gozo el último día, cuando llevéis el cetro de la cruz. Y ya que os habéis dignado hacerme participar de esta preciosa cruz, espero parecerme a vos en el cielo y ver brillar sobre mi cuerpo glorificado las sagradas llagas de vuestra Pasión [...] Después del exilio de la tierra, espero ir a gozar de vos en la Patria, pero no quiero amontonar méritos para el cielo, sólo quiero trabajar por vuestro amor, con el único fin de agradaros, de consolar vuestro Sagrado Corazón y salvar almas que os amen eternamente. A la tarde de esta vida, me presentaré delante de vos con las manos vacías, pues no os pido, Señor, que tengáis en cuenta mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas ante vuestros ojos. Quiero, por tanto, revestirme de vuestra propia Justicia, y recibir de vuestro amor la posesión eterna de vos mismo. No quiero otro trono y otra corona que a Vos, ¡oh Amado mío! A vuestros ojos el tiempo no es nada, un solo día es como mil años; vos podéis, pues, prepararme en un instante, para presentarme ante vos [...] Para vivir en un acto de perfecto amor, me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro amor misericordioso, suplicándoos que me consumáis sin cesar, dejando desbordar, en mi alma, las olas de ternura infinita que tenéis encerradas en vos y que, de ese modo, me convierta en mártir de vuestro amor, ¡oh, Dios mío! Que este martirio, después de prepararme para presentarme ante vos, me haga finalmente morir y que mi alma se lance sin tardanza en el abrazo eterno de vuestro amor misericordioso [...] Quiero, ¡oh, Amado mío!, a cada latido de mi corazón, renovar esta ofrenda un número infinito de veces, hasta que las sombras se hayan desvanecido y pueda repetir mi amor en un cara a cara eterno<sup>40</sup>.

---

<sup>40</sup> María Francisca Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, rel. carm. ind., Acto de ofrenda al Amor misericordioso, en la Fiesta de la Santísima Trinidad, 9 de junio del año de gracia de 1895.

Una vez hecha esta ofrenda de sí misma, ¿se olvidó de ella más tarde la Sierva de Dios? ¡Oh no, nunca! La repetía constantemente; era para ella como la base de su vida. En su lecho de muerte, me dijo un día: “Repito con mucha frecuencia mi acto de consagración” (Últimas conversaciones, 29, 7.9)<sup>41</sup>.

El amor Divino responde a su ofrenda y llega a apoderarse de ella sensiblemente, llagándola, mientras hace el viacrucis en el coro: «Querida madre, Ud. me permitió así ofrecerme a Dios, usted sabe los ríos, o mejor, los océanos de gracias que han venido a inundar mi alma... ¡Oh!, desde ese feliz día, me parece que el Amor me penetra y rodea» (Manuscrito A 84r).

Confianza y amor son, por tanto, el punto final del relato de su vida, dos palabras que, como faros, iluminaron todo su camino de santidad para poder guiar a los demás por su mismo “caminito de confianza y de amor”, de la infancia espiritual (cf. MS C, 2v-3r; Carta 226). Confianza como la del niño que se abandona en las manos de Dios, inseparable del compromiso fuerte, radical, del verdadero amor, que es don total de sí mismo, para siempre, como dice la santa contemplando a María: “Amar es darlo todo, darse incluso a sí mismo” (Poesía *Por qué te amo, María*: p 54/22). Así Teresa nos indica a todos que la vida cristiana consiste en vivir plenamente la gracia del Bautismo en el don total de sí al amor del Padre, para vivir como Cristo, en el fuego del Espíritu Santo, su mismo amor por todos los demás<sup>42</sup>.

Desde su más tierna infancia, la sierva de Dios, mostró gran cuidado en no desagradar nunca a Dios. Su vigilancia llegaba hasta evitar no sólo los más pequeños pecados veniales, sino también las menores imperfecciones. Su amor provocaba en ella un deseo cada vez más intenso de sacrificarse, de probarle a Dios su amor con obras [...] El amor a Dios animaba verdaderamente todas sus acciones; no vivía más que para Él, sólo pensaba en Él. En el tabique de su celda había escrito, sujetándolas con un alfiler, estas palabras: “Jesús es mi único amor”. Contrariamente a otras almas místicas que se ejercitan en la perfección para llegar al amor, sor Teresa del Niño Jesús tomaba el amor mismo como camino para llegar a la perfección, y a los 19 años escribía a su prima María Guérin: “En cuanto a mí, no conozco otro medio para llegar a la perfección que el amor” (Carta 109, 9 de julio de 1890). La sierva de Dios cantó, en un cántico titulado: “Vivir de amor” (Historia del alma, p. 371; Poesía 17) como entendía ella el camino

---

<sup>41</sup> Madre María Inés de Jesús, o.c.d., Deposition en la quinta sesión del Proceso ordinario para la beatificación, 12 de agosto de 1910.

<sup>42</sup> BENEDICTO XVI, *Catequesis sobre santa Teresita del Niño Jesús*, 6 de abril de 2011.

del amor. En este poema están expresados todos sus pensamientos sobre el amor a Dios. Lo compuso de un golpe, mientras cumplía su hora de adoración delante del Santísimo Sacramento. Era el 25 de febrero de 1895. El 9 de junio de ese mismo año de 1895, fiesta de la Santísima Trinidad, recibió durante la misa una gracia muy señalada, y se sintió interiormente urgida a ofrecerse como víctima de holocausto al Amor misericordioso. Al salir de aquella misa, me arrastró tras de sí, en busca de nuestra madre; parecía enajenada, y no hablaba. Por fin, habiendo encontrado a nuestra madre, que era entonces la Madre Inés de Jesús, le pidió permiso para ofrecerse, conmigo, como víctima al amor misericordioso, dándole al mismo tiempo una breve explicación sobre el asunto. Nuestra Madre se vio apremiada, no pareció entender muy bien de lo que se trataba y lo permitió todo, tanta era la confianza que tenía en la discreción de sor Teresa de Niño Jesús. Fue entonces cuando ésta compuso el acto de “Entrega al Amor”, que desde entonces llevó siempre sobre su pecho (Historia de un alma, p. 310; Oración 6 Acto de ofrenda al Amor misericordioso)<sup>43</sup>.

Vivir de amor,  
 No es en la cima del Tabor su tienda  
 Plantar el peregrino de la vida.  
 Es subir el calvario  
 A zaga de las huellas de Jesús,  
 y valorar la cruz como un tesoro.  
 En el cielo, mi vida sería gozo,  
 Y el dolor será ido para siempre.  
 Pero aquí en el Carmelo  
 Quiero, en el sufrimiento,  
 ivivir de amor! (Poesía 17)

Sor Teresa del Niño Jesús era, bajo apariencias dulces y graciosas, un ala extremadamente activa y enérgica; revelaba a cada instante y en todos sus actos un carácter fuertemente tensado y un temple varonil. Su abandono pasible en las manos de Dios nacía de su amor a Dios. Pero su abandono no era un reposo sin trabajo: buscaba un alimento en el sacrificio [...] A los 14 años me escribía: ¿Quiero entregarme toda entera a Jesús, sufrir siempre por Jesús... Si al momento de morir pudiese yo tener una sola alma que ofrecer a Jesús, y que yo hubiera salvado con mis sacrificios,

---

<sup>43</sup> Testigo IV, Sor Genoveva de santa Teresa, o.c.d., Depuso los días 14 al 28 de septiembre de 1910. Virtudes teologales. Amor a Dios.

icúan dichosa me sentiría! [...] Todo, en su vida religiosa, me reveló la fortísima atracción que ejercía en su alma el don generoso de sí misma<sup>44</sup>.

#### **4º Descripción de los caminos espirituales para ayudar a los nuevos jóvenes ricos, del venerable siervo de Dios P. María Eugenio del Niño Jesús (1894-1967)**

En el prefacio a la edición italiana el Card. Cottier escribe que el libro no es solo una guía espiritual sino también un tratado teológico místico porque las realidades de la vida espiritual y su camino no sólo son descritas, sino que están acompañadas con su justificación teológica<sup>45</sup>. El término “práctico” aparece 223 veces como para indicarnos que la presente enseñanza rigurosa debe llevarnos a crecer hacia la santidad. El libro dividido en cinco partes, con 48 capítulos y el texto a estudiar se encuentra en la tercera: “Contemplación y vida mística”; capítulo tercero: “el don de sí”, haciendo prácticamente de bisagra entre las dos fases. Abarca 15 páginas y 21 notas de pie de página. Esta gran verdad, la necesidad del don de sí a Dios, está en el corazón de la doctrina espiritual del venerable siervo de Dios P. María Eugenio del Niño Jesús, ocd, sintetizada en su gran obra *Je veux voir Dieu* (Venasque, ed. du Carmel, última edición en 1988). La profundiza en una doble perspectiva: las moradas de santa Teresa de Ávila y la Escuela Francesa (especialmente el capítulo titulado: “Le don de soi”, pp. 322-335).

La oración guía a la ascesis y tiene como finalidad purificar la mirada de la fe y destruir aquello que obstaculiza una intimidad más profunda. Buen conocedor de esta regla espiritual el autor en la tercera parte “Perspectiva” elabora un capítulo, el VI, sobre la ascesis teresiana total, adaptada y progresiva, sabiendo que toda la ascesis se orienta a la realización perfecta del don de sí. Para recibir el Don del Espíritu Santo, en sus dones, P. María Eugenio ha barruntado que se requiere la ascesis, unas disposiciones previas que atraigan la gracia de Dios. Existen unas disposiciones para poder ser invadidos por los dones del Espíritu Santo: el don de sí mismo, la humildad y el silencio:

Hay tres disposiciones que están en la base de esta ascesis y que corresponden a tres leyes o exigencias de toda acción de Dios en el alma. Estas disposiciones fundamentales, que regulan todo la cooperación del alma y

<sup>44</sup> Testigo I, Madre María Inés de Jesús, o.c.d., Proceso Apostólico, 42.

<sup>45</sup> *Voglio vedere Dio*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2010.

que irán perfeccionándose a medida que la acción divina se desarrolle, son el don de sí, la humildad y el silencio (o.c, p. 367).

«El don de sí provoca la misericordia divina; la humildad aumenta la capacidad receptiva del alma; el silencio asegura a la acción de Dios toda su eficacia» (o.c., p. 415). El conocimiento de uno mismo es necesario para avanzar en la vida espiritual; pero un conocimiento que lleva a la humildad, sin la cual nada es sólido y duradero. La humildad y la mansedumbre son ya un signo auténtico de los contactos divinos y una llamada discreta a nuevas visitas de la misericordia de Dios. El recogimiento es necesario para descubrir la presencia de Dios en el alma, y las riquezas que va depositando en ella. Ahora el silencio, ante la constante y frecuente acción de Dios, es imperioso.

El don total de sí mismo a Dios, de parte del hombre es la parte indispensable, absolutamente necesaria, de su libertad, para que pueda recibir la abundancia del Don de Dios que caracteriza la vida mística que se caracteriza en la presencia de Dios en el alma que es su verdad fundamental, la interiorización progresiva del alma que señala su movimiento y la unión profunda con Dios que señala la meta. Esta unión divina es diferente según cada alma.

El capítulo de “Don de sí”, tercero de la tercera parte “Contemplación y vida mística”, dentro del primer escrito “Quiero ver a Dios”, en la síntesis del P. María Eugenio, es seguramente uno de los más importantes, fundamento de enseñanzas espirituales, implícitamente autobiográfica y original. En la escucha de los santos doctores del Carmelo, en primer lugar la santa madre Teresa de Ávila con la experiencia de sus gracias extraordinarias, la contemplación infusa de san Juan de la Cruz que precisa teológicamente; y la actividad del amor, sencilla, humilde, escondida, fruto de los dones del Espíritu Santo, de santa Teresa del Niño Jesús y de la santa Faz, el autor va describiendo los caminos espirituales para ayudar, quizás a los nuevos jóvenes ricos (Mt 19, 16-22) a no caer en la mediocridad, y pasar de las primeras moradas del castillo interior a las siguientes. En “Quiero ver a Dios”, el tema del don de sí aparece entre las III y la IV Mansión, aunque lo ha ido preparando previamente, en la introducción a la segunda etapa o fase del camino espiritual. Si la oración, siempre será la puerta del castillo interior, es necesario ahora una llave, una clave, para abrir esta segunda puerta, y que llegue a ser propiamente contemplativa, y esa clave es el don de sí.

## **A. La fundamentación teológica de la necesidad y excelencia del don de sí**

**1° Dios no fuerza nuestra voluntad.** La cooperación libre de María: “He aquí la esclava del Señor” (Lc. 1, 16). Dios obra solicitando el consentimiento de las almas que quiere invadir con su amor. Así lo hizo con María y Ella le otorgó el don de sí misma con su fiat: “He aquí la esclava del Señor” (Lc. 1, 16). Don de sí absoluto, total y continuo. «La cooperación libre del hombre será siempre una condición necesaria para la realización de los decretos eternos de la misericordia divina» (p. 371). Para unirse a las almas Dios exige ese consentimiento personal y una cooperación activa. Certo que su gracia es preveniente, pero no lleva a cabo su obra sin nuestro concurso. «También en nuestras almas el don de sí (como en María) provoca la acción divina y nos prepara al mismo *fiat* fecundo» (p. 383). Así, «la obra de Dios en nosotros sigue las vicisitudes de nuestras vacilaciones y de nuestros rechazos, que le detienen, lo mismo que de nuestros fervientes consentimientos, que nos entregan a las invasiones de la gracia» (p. 372). Además, «el don de sí, es una necesidad del amor y su acto más perfecto» (p. 372).

**2° Acto perfecto de amor.** El don de sí es una necesidad de nuestro amor, y además el acto más perfecto, puesto que el amor busca darse más y más, encuentra su satisfacción en la donación de sí mismo. La caridad, que está en nosotros, habiendo conquistado todo, nos lleva hacia el Padre. Este don completo es el acto más puro que la caridad puede realizar. El don de nosotros mismos, total y sincero, es la forma de expresión del amor perfecto.

La purificación completa será el efecto normal de la caridad perfecta. En esto la profesión religiosa, en lo que tiene de esencial como consagración radical y solemne hecha a Dios, puede ser comparada con el don de sí, según santo Tomás de Aquino. El acto de renuncia total constituye la entrada en la vida consagrada y normalmente sobrepasa los límites de las terceras moradas. El noviciado, pues, debería llevar a la práctica de ese desasimiento. Por ello se puede comprender bien la rapidez con que alguno cruzan por las primeras etapas y reciben las gracias propias de la cuarta morada, pero también es lógico que la pérdida del fervor, y una vida más cómoda, les haga retroceder a moradas más razonables humanamente hablando.

**3° El sacrificio más perfecto.** El don de nosotros mismos es también el sacrificio, la oblación más perfecta que le podemos hacer. Le ofrecemos

a Dios lo que tenemos y somos, aceptando de antemano su voluntad y su complacencia.

#### 4º Don realizado por Jesucristo.

San Ignacio de Loyola (1491-1556), Santa Teresa de Jesús (1512-1582) y San Juan de la Cruz (1542-1591) recuperan un acceso nuevo a Cristo, más allá de la especulación escolástica, desde la experiencia personal en relación con la humanidad de Jesús, recordada con su historia y contemplada en cada uno de sus misterios. Frente a una mística de la esencia divina trascendente y eterna, tal como fue cultivada por los místicos del Rhin, ellos viven una mística de Cristo, Hijo encarnado y Hermano mayor, que ha hecho la historia por nosotros y muerto con nosotros<sup>46</sup>.

Nos encontramos en el meollo de la fundamentación cristológica del don de sí mismo (pp. 373-377): el don de sí del Verbo encarnado. Las citas de la sagrada Escritura abarcan desde el profeta Malaquías (1, 10-11) que da testimonio de la impaciencia por una oblación que tenga un valor pleno y definitivo, imágenes a realidad. Jesucristo, según narra la carta a los Hebreos, “al entrar en mundo, dice: ‘he aquí que vengo, a hacer, oh, Dios tu voluntad’” (10, 7). Esta oblación de sí mismo no será la primera, ni es un acto aislado, sino la disposición básica y fundamental de Cristo. A lo largo de toda su vida se aprecie la actitud de darse absolutamente en todo y esto una vez y otra vez. Ofrenda continua donde encuentra su fuerza (ver Jn. 4, 32.34), y que la lleva hasta el final, total y sinceramente, donde desde lo alto de la cruz confirma que todo está cumplido (ver Jn. 19, 30). Así, percibimos como toda la existencia de Cristo está encerrada en estos dos extremos: desde su oblación silenciosa del inicio hasta la consumación final, como una ofrenda continua, un don total de sí mismo al Padre (ver Flp. 2, 8-10). Es a la luz de la oblación de Cristo es preciso colocar el don de sí para comprender su necesidad y fecundidad para nosotros: Para ser de Cristo hay que haberse entregado como Él se entregó a Dios; y el don de nosotros mismos nos entrega a la gracia de Cristo que vive en nosotros como una llamada a una acción más completa de Cristo, una invitación para nuevas invasiones, «para llegar a ser para Él verdaderamente una humanidad por añadidura, en la que pude prolongar la realización de sus misterios» (p. 376: Aquí resuenan en las palabras de la beata Isabel de la Trinidad la espiritualidad berulliana). Es en definitiva la parte más importante de nuestra colaboración. En el espíritu un poco matemático de la escuela

<sup>46</sup> O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, Bac, Madrid 2005, 317.

francesa, que busca siempre la máxima claridad, esta verdad podría ser presentada como un teorema: de parte del hombre, el don total de sí mismo a Dios es la condición necesaria y suficiente para acoger el Don de Dios. O negativamente, se debería decir que es absolutamente imposible para el hombre acoger el Don de Dios sin hacer el don total de sí a Dios.

## **B. Cualidades del don de sí: absoluto, total, perseverante en la práctica**

**1. Absoluto.** Para conseguir los más altos favores místicos se nos exige que el don de sí sea absoluta, completa, radical: una verdadera apropiación de nuestro ser por parte de Dios, una pérdida que se hará sentir dolorosamente en algún punto más delicado, pero que es completa o simplemente no es: «Dios nos invade en la medida en que nos damos a él. La unión perfecta exige, como primera condición, el don completo de sí» (p. 372). Un diálogo con dos santos resalta la unidad de fondo de pensamiento, y en este caso, incluso de terminología, porque los santos no viven aislados de otros santos en la Iglesia: «Aquí está mi vida, aquí está mi honra y voluntad; todo os lo he dado; Vuestra soy; disponed de mí conforme a la vuestra; no os apartando de mí, todo lo podré» (Santa Teresa de Jesús, Vida XXI). La oblación de san Ignacio de Loyola, tal como viene expresada en el Libro de los Ejercicios Espirituales es para la vivencia del que hace los ejercicios. El amor hay que ponerlo más en las obras que en las palabras, pero el mismo san Ignacio sugiere ahora las palabras en las que va desgranando lo que es el darse del todo lleva consigo: «Toma mi Señor, y recibe mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Tú me lo diste, a Ti, Señor, lo torno; todo es tuyo; dispón de ello conforme a tu voluntad. Dame tu amor y gracia, que esto me basta» (n° 234). Los espirituales y místicos coinciden en que hay que entregar a Dios el todo.

**2. Indeterminado.** Debe entenderse como total, una actitud destinada a proteger la plenitud de este don contra todas las limitaciones más o menos conscientes, gustos, inclinaciones, deseos personales que van ocupando el lugar del don de sí vaciándolo de su radicalidad.

**3. Frecuentemente renovado.** Para que el don de sí produzca todos los efectos es preciso que no sea un acto puntual y transitorio, sino continuo, vivo, presente, una disposición constante del alma y esto se logrará renovándolo frecuentemente. La ofrenda de sí ha de elevarse todos los días, sin cesar, perseverando en el tiempo, como la expresión mejor de una aspi-

ración al amor, luchando por centrarse en ella. Además la gracia abrirá formas nuevas de realización práctica y exigirá de nosotros una gran adaptación para responder a Dios:

¡Ay madre, le aseguro que el cáliz está lleno hasta los bordes [...]! [...] Pero Dios nunca me abandonará. Nunca me ha abandonado [...] No me arrepiento de haberme entregado al amor [...] No quisiera sufrir menos tiempo Y mirando al crucifijo: ¡Lo amo! ¡Dios mío, te amo [...]!<sup>47</sup>.

La virgen María el día de la Anunciación, llena de gracia por el Espíritu Santo y perdida en la luz sencilla de Dios, con todas sus fuerzas orientadas a la realización de la voluntad divina, reconoce con inusitada rapidez el sentido sobrenatural del mensaje angelical. No lo había pensado, porque se desconocía a sí misma, dado que la sencillez de su gracia le oculta su grandeza. Su “hágase”, provoca la acción culminante de Dios en la historia de la humanidad. A causa de su puesto del todo especial en el misterio de la Encarnación del Verbo de Dios, María está también íntimamente presente en la obra de nuestra Divinización. La Inmaculada es la única criatura que ha correspondido en modo absolutamente perfecto al Amor de Dios. En el don total de sí misma, la Sierva del Señor ha acogido plenamente a este Señor que se daba todo y por siempre tomando la condición de Siervo en su seno virginal. Con el fiel que vive dicha ofrenda, María comparte su docilidad al Espíritu Santo, es decir, su fe y su esperanza en Jesús es sobre todo su amor por Jesús.

## Conclusión

Los fundamentos teológicos de la necesidad del don de sí mismo a Dios, a la luz de la oblación de Cristo, a la que la Virgen se asocia, han quedado un poco más aclarados.

Se trata de una donación con unas características propias: absoluta, indeterminada, y reiterada.

La ascesis para entrar en esa dinámica es adaptada a cada alma, progresiva y siempre con tonos de totalidad. Si la ascesis para la oración de meditación puede ser más bien moderada, la que se requiere para la oración de contemplación debe ser radical, para preparar el alma a la acción divina, para unirse a la voluntad de Dios, en un perfecto desposorio espiritual y en una completa disponibilidad, en un intercambio de dones:

---

<sup>47</sup> SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS Y DE LA SANTA FAZ, *Últimas conversaciones*, 30 de septiembre, jueves día de su preciosa muerte.

En Navidad solemos intercambiar algunos regalos con las personas más cercanas. A veces puede ser un acto realizado por convención, pero en general expresa afecto, es un signo de amor y de estima. En la oración de las ofrendas de la Misa en la Solemnidad de la Navidad oramos así: “Acepta, oh Padre, nuestra oferta en esta noche de luz, y por este misterioso intercambio de dones transformarnos en Cristo, tu Hijo, que elevó al hombre a tu lado en la gloria”. El anhelo de la donación está en el corazón de la liturgia y recuerda a nuestra conciencia el don original de la Navidad: en esa noche santa de Dios, haciéndose carne, quiso hacerse don para los hombres, se entregó por nosotros, asumió nuestra humanidad para donarnos su divinidad. Este es el gran don. Incluso en nuestro dar no es importante que un regalo sea caro o no; quien no es capaz de donar un poco de sí mismo, da siempre muy poco; incluso, a veces incluso se intenta remplazar el corazón y el compromiso de donación de uno mismo con el dinero, con cosas materiales. El misterio de la Encarnación significa que Dios no lo ha hecho así: no ha dado cualquier cosa, sino que se entregó a sí mismo en su Hijo Unigénito. Aquí encontramos el modelo de nuestro dar, para que nuestras relaciones, sobre todo las más importantes, sean impulsadas con la generosidad y el amor<sup>48</sup>.

---

<sup>48</sup> BENEDICTO XVI, 9 de enero de 2013.